

TÍTULO: La diáspora latinoamericana: romería del desprecio y desencuentro cultural.

Autora: Beatriz Rodríguez Perazzo¹
brodriguez@unimet.edu.ve

Resumen

Deambulando hacia la lumbre de Mariana Suárez (2010) plantea la problemática del latinoamericano quien desde su precaria identidad cultural, emprende una búsqueda infructuosa de experiencias que puedan brindarle otras culturas de sociedades más desarrolladas tecnológicamente, en la creencia de volver a su país de origen y poner a la orden sus conocimientos. Búsqueda infructuosa consecuente al falso concepto que el latinoamericano ha hecho de sí mismo, al no lograr aceptar y superar ser parte de la historia de países colonizados, dependientes y dominados por el mundo capitalista.

La novela está ambientada en Estados Unidos donde un grupo de latinoamericanos coinciden en la Universidad de Pittsburgh, para realizar estudios de postgrado. Suárez enfatiza en la caracterización emocional y psicológica de los personajes, el rasgo de adjudicarse a sí mismos una importancia excesiva (propio de un trastorno narcisista, que les hace crearse una máscara de prepotencia, reveladora de la baja autoestima) como mecanismo de supervivencia frente al dominante paradigma de sociedad desarrollada, que desprecia a la cultura latinoamericana.

El narcisismo como elemento obstaculizador para la integración social en las sociedades latinoamericanas, colonizadas y esencialmente mestizas, es llevado de una manera contundente a la mesa de reflexión acerca de la dificultad de gozar de una identidad cultural propia, al resaltar con total crudeza, la mitificación de la realidad social por parte de los latinoamericanos.

Palabras claves: migración, identidad cultural, narcisismo, agresividad, desintegración social.

Los latinoamericanos han sido obligados históricamente a definir su identidad cultural, a través de una *relación especular* con las culturas colonizadoras y represivas, en las que todo intento de definición es siempre desalentador, demasiado alejado del *yo-ideal* exigido por las culturas dominantes ante las cuales nunca “se da la talla”.

Esto impide conformar el *ideal del yo* con un imaginario apegado a lo real, que daría la oportunidad de reconocerse a sí mismos, como diferentes a los otros, y permitir

¹Beatriz Rodríguez Perazzo, es Profesora Titular de la Universidad Metropolitana, a cargo de las cátedras: Teorías sociológicas, Teorías del Desarrollo y Dilemas Morales Contemporáneos. Colaboradora del Proyecto de Investigación “La Mirada Femenina” de la misma universidad. Sociólogo egresada de la Universidad Central de Venezuela, y Especialista en Comunicación Social.

un simbolismo, es decir, una representación lingüística de la propia visión del mundo, para poder facilitar el poder relacionarse con otros, sin complejos, sin culpas y sin agresividad. “*El ideal del yo dirige el juego de las relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria...Se trata justamente de eso: de una coincidencia entre ciertas imágenes y lo real...*” (Lacan, 1992: 214).

Augusto Mijares (1952) en su libro *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, expone este hecho:

Insistimos: cuando un europeo piensa en un país tropical no puede imaginárselo sino como una vasta extensión de caña de azúcar o de bananos, donde bajo un sol inclemente arrastran perezosamente su vida los “nativos”, sombras oscuras y vacilantes que ni por su inteligencia ni por su voluntad pueden alcanzar esas dotes de iniciativa, de constancia – de capacidad también – que le han dado a la raza blanca el dominio material del Mundo.

(Mijares, 1991: 87)

La dificultad de nuestros pueblos de alcanzar una identidad cultural propia es resultado de una falta de confianza en sí mismos, producto de una historia de esclavitud, sometimiento y dependencia, que ha herido profundamente el autoconcepto de los latinoamericanos, quienes llenos de vergüenza, humillación y dolor, se enmascaran con una actitud prepotente que les sirve de coraza o mecanismo de defensa, (excesiva importancia de sí mismos, exageración de logros, proyectos cargados de fantasía, la inmediatez como forma de vida donde imperan los deseos y caprichos, incapacidad de reconocer los errores, los fracasos casi siempre son culpa de terceros, etc.) que les impide establecer relaciones estables y sanas, y que les lleva a reproducir paradójicamente la humillación y el desprecio hacia sus compatriotas, que no es más que el desprecio hacia sí mismos. Estas actitudes propias del trastorno narcisista pueden presentarse en las dos facetas perversas sadomasoquistas: destrucción y autodestrucción, esta última es la agresividad frente al fracaso del principio del placer, que conlleva a que la búsqueda se oriente hacia sí mismo, como una pulsión de muerte.

Esta arriesgada lectura interpretativa de la novela *Deambulando hacia la lumbre*, impone adentrarse en la tarea de rellenar con conceptos, aquellos vacíos que su autora Mariana Libertad Suárez va dejando en su narrativa, permitiendo así la creación y recreación de nuevos análisis de la realidad latinoamericana.

América Latina comparte una historia que se resume en el gran mestizaje, que ha resultado en la ausencia de identidad, pues su origen, como ya ha sido comentado, está lleno de las carencias primarias: aceptación, respeto y valoración. Rómulo Gallegos, en su magistral novela *Pobre Negro*, nos hace reflexionar en los horrores de la esclavitud, y que a propósito de haber sido abolida hacia el 1850 en Venezuela, escribe:

(...) pero si ya no estaban sometidos a la férula humillante de los capataces ni a la deprimente convivencia del repartimiento, aún carecían, así en lo material como en lo espiritual, de cuanto pudiese constituir una forma de existencia realmente humana. Privados de economía propia, analfabetos y envilecidos por el hábito secular de la sumisión, eran todavía los parias.

(Gallegos, 1959: 676)

En la misma novela *Pobre Negro*, Rómulo Gallegos relata como vivió el esclavo afrodescendiente el momento del decreto que “abolía” la esclavitud en Venezuela:

Ya semos libres, manitos”. (...) Pronto, sin embargo, enmudecieron los tambores. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo absoluto, porque el decreto famoso sólo había dicho: ¡Eres libre!”. (...) “...emprendieron el regreso desilusionado y forzoso, para llegar ante los antiguos amos, diciéndoles: - Don Fulano, tenga otra vuelta compasión de mí. (...) Y comenzó la romería de la mendicidad ...

(Gallegos, 1959: 686-687)

Así el latinoamericano cada vez más mestizo y en el eterno desamparo de no saber a qué pertenece, y sobre todo con quién hacer una *relación especular* que le lleve a una identidad propia, siente la necesidad de emprender caminos una y otra vez, para encontrarse a sí mismo. José Ignacio Cabrujas lo expresa con gran patetismo en el siguiente párrafo:

Lo que suele llamarse el barroco latinoamericano, nada más mentiroso, ni más falso que esta expresión; no hay barroco. Hay una manera de entender el mundo por capas, de asociar inmediatamente a nuestras vidas todo lo que proviene de otras culturas, de allí la pérdida de tiempo que tienen algunas personas al decir que Venezuela debe encontrar su identidad cultural, ¿cuál identidad?, ¿dónde está?, ¿cómo

puede encontrar identidad cultural un país que a lo largo de su historia no la ha tenido?
(Cabrujas, 1996)

La eterna e infructuosa romería en búsqueda de identidad confiere a los latinoamericanos su esencia de nómadas, Mariana Suárez en la voz de uno de sus personajes (Dhuha, la venezolana) expresa:

... que Caracas había sido durante casi tres décadas, el refugio de muchos inmigrantes, que cualquier venezolano nacido en los sesenta debía tener, cuando menos, uno de los cuatro abuelos españoles, un tío o una tía casado con algún colombiano, uno o más cuñados hijos de italianos o portugueses y algún entrañable amigo de la infancia proveniente del cono sur.

(Suárez, 2010: 87)

La novela está ambientada en Estados Unidos donde un grupo de latinoamericanos coinciden en el *Department of Hispanic Languages and Literatures of University of Pittsburgh*, para realizar estudios de postgrado, en uno de los centros de estudio más prestigiosos del mundo en relación a la literatura hispanoamericana. Cada uno de los personajes, todos latinoamericanos, habían coincidido en la Universidad de Pittsburgh, llevando consigo su cultura, su raza, el habla del idioma español característico de su país de procedencia, y con un factor común: estaban huyendo... huyendo de sí mismos; hacer estudios de postgrado era la gran excusa. Esto lo tiene muy claro Octavio Modotti quien era profesor del *Department of Hispanic Languages and Literatures*; colombiano pero muy mestizo (dos abuelos italianos, uno cachaco y otro costeño) cuando le dice a Hugo, el dominicano: “*Le parecerá mentira, Negro, pero todos viajamos escapando ... eso sí, al poco tiempo nos damos cuenta de que esto no tiene sentido: nadie, ni el más mamita, consigue huir de sí mismo en un avión*” (p. 19).

Suárez presenta como personaje muy principal a Octavio Modotti (no en vano apodado *El dromedario*); un animal de la calle, autosuficiente, incansable, adaptable a cualquier circunstancia, que desempeña un papel esencial en la vida de los nómadas del desierto, *El dromedario* era el referente paliativo para aceptar el “sin sentido” de las existencias de las personas que por carecer de identidad, se ven obligadas a aceptar

TODO, y Modotti había renunciado a TODO haciendo gala de su magistral y dromedaria habilidad para adaptarse a TODO.

La novela que nos ocupa, *Deambulando hacia la lumbre* es un ensayo sobre la personalidad de los latinoamericanos con su ego históricamente herido, destacándose entonces la característica narcisista, la cual se manifiesta socialmente en la excesiva importancia que cada quien se da a sí mismo, y que se nos presenta en la realidad a través de numerosas máscaras que adopta el narcisista (el poderoso, el vivo, el pícaro, el estafador, el manipulador, el machista, el seductor, el fantasioso, el fanfarrón, el mártir, el solitario, el homosexual, etc.) y que la autora Mariana Suárez les asigna a sus personajes.

La autora presenta la trama de *Deambulando hacia la lumbre* en seis bloques donde en cada uno de ellos narra episodios de la vida de los cuatro jóvenes estudiantes del programa de literatura hispanoamericana, todos colaboradores del profesor Octavio Modotti, donde la autora crea los personajes ahondando en sus características emocionales y psicológicas, contextualizadas en sus respectivas sociedades: Dhuha Contreras Colmenares (venezolana), Hugo Andrés Ramírez Escobar (dominicano), Lucía Consuelo Maturana Morales (chilena) y Luis Pedro Silva Gamarra (peruano). Los seis bloques presentan a los personajes en el mismo orden y cada uno de los bloques está separado por reflexiones desgarradoras de Ulises O. Puig.

La relación con Modotti fue esencial para el grupo de estudiantes hispanoamericanos, quienes a su lado tenían que enfrentarse a sus propias debilidades, y ubicarse en la cruda realidad; en el siguiente párrafo apreciamos como Modotti puede desequilibrarlos, cuando se encuentra en su oficina con Hugo (dominicano, vistiendo una camiseta de Emiliano Zapata) y con Luis Pedro (peruano, con una camiseta de José Martí):

-¡Uy, pero si estoy aquí en las entrañas del monstruo con el Negro y con Luchito!
-¿Y qué tiene de raro?
-Pues tiene mucho ¡Dos comunistas en la misma oficina!... Y pensar que trabajo en medio de este basurero imperialista lleno de carros, publicidad, consumismo y desechos
-Pero esto es temporal, Octavio, acá nos estamos formando
-Es verdad, cuando terminemos de estudiar vamos a tener la oportunidad de regresar a meterle el hombro a América latina
-Eso es cierto y cuando vuelvan se van a acordar de mí, pues se van a dar cuenta de que nuestra tierra amada es un basurero de idénticas dimensiones, pero eso sí, completamente vacío.

(pp. 16-17)

La moral utilitarista le sirve a Modotti para controlar su propio monstruo: la excesiva importancia que se daba a sí mismo, y que por su inteligencia, pues era un “... *hombre increíblemente inteligente y con una claridad absoluta*” (p. 91) es que comprendía la relatividad de la misma, al no poder deshacerse de esa sensación supremamente dudosa de una superioridad personal, que por supuesto no tenía asidero en la realidad. Modotti refleja el relativismo cuando le dice a Hugo: “- *Marica, deje la vaina, el mundo no se divide en dos mitades exactas, mire que ni en las epopeyas mayas los malos y los buenos estaban tan lejos como usted los pinta*” (p. 17).

Octavio Modotti padece su narcisismo, como consecuencia de una falsa identidad: cultural, gentilicia, intelectual, y de género, pero que lo “resolvía” psíquicamente aceptando el “*sin sentido existencial*”. Se reía de sí mismo, se burlaba de todos, no necesitaba reconocimiento de nadie, mucho menos de afectos; manifestaba desprecio a todo estereotipo o norma, sobre todo si se trataba de la sexualidad, se reconocía bisexual, afirmaba que “*la monogamia era un invento perverso de la raza humana*”, (p. 101) y “*Cuando Hugo Ramírez le planteó su precaria situación económica le asesoró: “Negro ¿y dígame por qué no se prostituye?* (p. 20).

Modotti se consideraba a sí mismo como un “D”, es decir, *desterrado* o *desechable*, categoría de una clasificación de su autoría (pp. 95-96) mediante la cual ubicaba a los latinoamericanos que trabajaban en Estados Unidos. Él sostenía que

habían tres tipos de latinoamericanos: los “C” es decir *consumistas del comunismo*, que paradójicamente se iban a aprender marxismo a U.S.A. (Hugo Ramírez, aunque luego éste se vuelve “D”), “P” o sea *pendones o perdidos*: no tenían un desarrollo fijo, cambiantes, sin ideas propias (Luis Pedro Silva y Lucía Maturana) y “D” *desterrados o desechables* donde junto a él ubicaba también a Dhuha Contreras, y que eran personas que no odiaban a sus países de origen pero tampoco eran nacionalistas. Quizás el siguiente diálogo que mantiene con Dhuha, sea el fragmento estelar para comprender la falta de identidad cultural, pero que la plantea sin darle importancia, sin involucrarse emocionalmente:

- Mire Dhuha, usted es una mujer mulata, tercermundista, inmigrante
- No soy inmigrante... estoy aquí temporalmente
- ¿Y cómo lo sabe? Mi abuelo decía lo mismo cuando llegó a Medellín y lo enterramos allá, a los noventa años diciendo que quería volver a Venecia...
- Te aseguro que no me quedo en esta ciudad... no puedo, es la vaina más higiénica y sifrina que yo haya conocido nunca
- Usted no está en la capacidad de asegurarme nada ... el asunto no es ese además, uno se convierte en inmigrante el día en que deja de sentirse parte de lo que dejó
- ¿Qué me quieres decir con eso?
- ¿Me va a decir que usted no se siente fuera del mundo? ¿de Caracas? ¿de Venezuela?
- ¿De su familia?
- Tú sabes que eso no pasa siempre... sólo a veces...
- Bien, pues, el asunto está ahí
- ¿Dónde es ahí?
- En que usted ya levó el ancla
- Ajá ¿Y qué hago? ¿permanezco inestable por el resto de mi vida?
- No exactamente, China... creo que el punto está en entender que el arraigo es una trampa, una forma de control...
- No me digas que tú eres feliz así
- ¿Cómo “así”?
- Solo y desclasado
- Bueno, dígame usted por qué tenemos que buscar asidero, si eso nos hace más controlables
- ¿Y pretendes acabar con el poder simbólico de golpe y plumazo?
- Ni siquiera los Estudios Culturales tienen la capacidad de entender a los nómades del intersiglo... anímese a intentarlo conmigo, China, nos tocó ser los revisionistas del programa.

(pp. 91-92)

Dhuha Contreras Colmenares (venezolana, apodada por Octavio como *China*, *Veneca* o simplemente *La loca esa*) había sucumbido a la seducción emocional del profesor Modotti. Ella había conformado un carácter pacífico, evitaba las peleas “... y cualquier confrontación la hacía sentir débil al extremo de la vergüenza” (p. 46), pero

había sobrevivido a su minusvalía, rompiendo con las normas inculcadas por su controladora madre; era su desquite; “... *la profesora Contreras celebraba aún ese toque de caradurismo inicial que habían caído en su vida como gotas de restablecimiento*” (p. 124). Aprendió con Octavio el arte “... *del juego irónico del que ella entraba y salía sin consideración del resto de los mortales*” (p. 100) era el inicio de la transfiguración de un carácter masoquista hacia la definitiva inflación del ego.

Hugo Andrés Ramírez Escobar, dominicano, negro, muy machote y admirador de Cuba y su revolución, cae en las redes del profesor Modotti también a fuerza de halagos, “*Déjese de eso, Negro, si no me interesara su trabajo no estaría sentado aquí con usted*” (p. 18). Hugo, gracias a que Octavio lo aceptara dentro del club de sus colaboradores, había aprendido a deshacerse del pesado equipaje emocional que implica el machismo, que lo inhabilitaba para relacionarse de una manera adecuada y cómoda con los hombres, y lo compelmía a buscar hembras pues allí se sentía superior, pero sin poder relacionarse emocionalmente de una manera estable con ninguna. En Santo Domingo había decidido darle clases sólo a mujeres de cuarto de bachillerato, y: “*Como todas las cosas que se comienzan con el orgullo herido, las prácticas docentes se convirtieron en un duelo permanente. Hugo entraba a matar, a dejar a aquellas muchachas boquiabiertas y sin nada que decir...*” (p. 125).

Dhuha y Hugo se llevaban bien, ambos eran caribeños y en esa amistad había “*Algo de eso que necesitaban para dormir completo en las noches*”(p. 97).

Lucía Consuelo Maturana Morales, chilena, llega a Pittsburgh tras las huellas de Adriana, una compatriota que conquistó el amor de Marcelo, quien (habiendo sido novio de Lucía,) ésta lo destrozó moralmente con una *crueledad inédita* (p. 135) pero lo quería tener bajo su dominio, y no pudo soportar el hecho de que éste la suplantara por Adriana, quien desde ese mismo instante se convirtió en su rival, en su objeto de

destrucción. Proveniente de antepasados alemanes terratenientes, pero de padre mestizo, (circunstancia que obviaba para decir que su padre era alemán) era consentida, caprichosa, seductora y muy manipuladora. Lucía, quien sufría una crisis de celos ante la circunstancia que sus amigas, las cuales eran “*más gordas y menos inteligentes*” se casaban y ella no, recibió una explicación cariñosa de su hermana Constanza: “*...presentas un patrón grandioso de vida, Chica, no tienes contacto con tu yo real*” (p. 29), pero Lucía no podía encajar ese comentario, ella se creía perfecta...

En Estados Unidos se sentía superior a los demás estudiantes “*Era definitivo, ella estaba muy por encima de la media en aquel lugar...*” (pp. 23-24). Se creía la candidata ideal para cualquier cosa a la que aspirara y no podía aceptar ninguna crítica ni rechazo:

Quando algunas horas más tarde la llamaron para decirle que su solicitud había sido rechazada, ese último diálogo con el entrevistador le volvió a la cabeza ¿Qué esperaba el hombrecito ese? Ella conocía sus habilidades, sabía que era estupenda escritora, que tenía una voz extraordinaria, que era una de las mujeres más lindas de la ciudad ¿Cómo el profesor Urra había sido capaz de ese gesto? ¿Por qué trataba de hacerla sentir mal? Lucía no era capaz de descubrir las razones, pero el malestar continuaba ahí. En su boca se había generado un sabor amargo que le removió de inmediato las historias de sus abuelos. Sobre todo aquellas acerca de un presidente que les había quitado las tierras “Son tan poca cosa, que no soportan verse de frente con alguien mejor que ellos.

(pp. 74-75)

En circunstancias como éstas en que el entorno no le reflejaba su *yo ideal*, tenía claro que se le agotaban sus fuentes de placer, y era entonces cuando el complejo narcisista la poseía con toda su fuerza: “*No sé lo que quiero, pero lo quiero ya*” (p. 76).

Luis Pedro Silva Gamarra, peruano, uno de siete hermanos, uno más..., aunque su vida había sido un poco anodina, recordaba muy bien a Claudine, una compañera francesa que le gustaba mucho, pero que llegado el momento de un encuentro más íntimo, el encanto se rompió cuando Claudine asombrada le confesó que: “*- Hasta ahora creí que eras homosexual...*” (p. 83). Ese momento marcó a Lucho, quien parecía que hubiera estado esperando que alguien le dijera cuál era su identidad

sexual. Confundido, introvertido, se podría decir que vivía con un miedo paralizante, comenzaba mil proyectos sobre los que fantaseaba asignándoles una grandiosidad fantástica, pero que nunca llegaba a concluirlos; indeciso se dejaba influir por los demás, hasta se le pegaba el acento de sus interlocutores al hablar. Llega a Pittsburgh porque Carla, una chica peruana periodista marxista, se había entusiasmado con él, y Lucho ... con el marxismo. Ella se fue a realizar un doctorado allá, y así por inercia Luis Pedro al tiempo termina por entrar a la Universidad de Pittsburgh, con los *Diarios del Ché Guevara* y *El manifiesto comunista* bajo el brazo; despidiéndose de sus padres en el Perú con su último proyecto: “*Necesito prepararme, estoy apostando por la construcción del hombre nuevo*” (p. 193).

Entra al club de los colaboradores de Octavio Modotti, pero nunca se aclaró si era por su talento académico (sobre lo cual le asaltaban muchas dudas), o quizás fuese más bien, un asunto *personal*. *Peter* que era como lo apodaba Octavio, sucumbió a la seducción sexual del profesor Modotti, y “*Luchito se supo capaz de dar placer y eso constituía una novedad insalvable en su vida*” (p. 110). Se vio envuelto en una relación homosexual tormentosa, que él trataría de ocultar a toda costa. Luis Pedro Silva Gamarra para siempre habría tenido que vivir con la duda autoflagelante, de si *Peter*, no habría sido el “Marica, el último” de Octavio Modotti. “*Lucho no tenía la capacidad, ni el tiempo de imaginar que la sonrisa exhibida por El dromedario en ese instante, traducía literalmente “Marica el último”. Esa aseveración que él tantas veces le había escuchado enunciar a Modotti cuando aparecía frente a ellos alguna oportunidad de recreación con otras personas...*” (p. 40).

Ulises Olegario Pérez Puig el periodista argentino, obtuvo una de las cinco becas que otorgaba la Universidad de Pittsburgh para estudiantes latinoamericanos; pasado algún tiempo en Pittsburgh seguía sin tener amistades, “*El silencio se le hacía*

una suerte de enfermedad del espíritu” (p. 43). La revelación de la personalidad narcisista de Ulises se presenta a lo largo de la novela en cada una de sus reflexiones, cuando planifica la muerte del profesor Modotti, brindando el corpus de la trama de la novela, donde quedan manifiestas las etapas evolutivas de un trastorno tan conmovedor como peligroso, como lo es el narcisismo.

Repetidas situaciones de ironía, sarcasmo y cinismo, llevan a Ulises a una gran duda y de allí su primera reflexión: ¿Será que Modotti se estaría burlando de él?, desde su ego inflado no podía aceptarlo de inmediato, tenía que averiguarlo: **CUESTIÓN DE MÉTODO.**

La decisión de matar a Modotti va tomando cuerpo en la medida que Ulises no logra soportar la fanfarronería, el cinismo, las burlas y sobre todo el ego inflado de Octavio Modotti; ya el admirado Carl Gustav Jung (2009) advertía la singularidad de nuestra psique de proyectar nuestra propia *sombra* en el *otro*, lo que supone adversar en el *otro* lo que no soportamos de nosotros mismos. Acá surge la segunda reflexión de Ulises: para él era ignominioso tomar contacto con un EGO INFLADO, destruirlo se convertía en un axioma, era una imperiosa **CUESTIÓN DE FE.**

Ulises había salido de Argentina pues sentía la inseguridad y el temor de rivalizar con los intelectuales de su país, así que llega a la Universidad de Pittsburgh, contacta con el profesor Modotti y le plantea que quiere escribir una novela de vampiros, de detectives, una novela policial; Modotti le pregunta:

- ¿Y ya tiene pensado a quién va a matar?
- ¿A qué te referís?
- Sea sensato, Marica... no hay policial sin crimen
- Eso lo sé...
- Bueno pues, mate a alguien, sin cuerpo lánguido no hay delito, ni historia de crímenes posible

(Suárez, 2010: 117)

A raíz de este diálogo se da la tercera reflexión de Ulises: *“Matar por lo que se sabe”* (p. 119) es decir, es simplemente una **CUESTIÓN DE CONOCIMIENTO**, y recuerda que él le plantea a Modotti que desea escribir una novela de vampiros; *“quería ser recordado como el creador de monstruos de la posmodernidad latinoamericana”* (p. 84) y éste le propuso: *“Por qué entonces no hace de usted mismo un monstruo? ¡Sea sensato!* (p. 85).

Ulises quiso explicarle a Octavio que los argentinos más destacados lo eran por haber empleado la razón y la lógica por encima de la pasión, él se sabía racional y talentoso; pero Modotti le ironiza: “-No diga, Marica ¿Todo el trabajo de Diego Armando Maradona es lógico y analítico?” (p. 118).

¿Rabia? ¿Ira? ¿Decepción? Era casi imposible reaccionar ante aquella banalización de lo trascendente”. Trató de explicarle a Modotti que él quería inscribirse en una larga tradición iniciada por Jorge Luis Borges en su país, que el uso de la materia deductiva para los relatos de ficción eran una fórmula muy antigua, pero él tendría la posibilidad de recomponerla.

(p. 118)

La cuarta reflexión se convirtió para Ulises en el momento decisivo frente al “monstruo” que debía crear, “*Matar o morir, esa era la consigna*” (p. 151). Recapituló: para matar tenía que conocer (cuestión de conocimiento) Modotti le había dicho:

Me parece fabuloso Chino, pero si usted va a escribir telenovelas, debe abandonar el claustro ¿Acaso cree que el público consumidor de sus textos va a venir a esta encomiable casa de estudios a buscarlo? Quítese la corbatita, deshágase de las medias de rombos, Chino... que no le apriete el culo cuando vea que las cosas de las que se habla en las telenovelas, pasan de verdad y a diario.

(Suárez, 2010: 150)

Ulises debía mezclarse con los bajos fondos, y ese no era su estilo, así que requería no sólo valentía sino “... *ira con odio y ansias expectorantes*” (p. 148). Matar o morir era una **CUESTIÓN DE SUPERVIVENCIA**.

En una reunión Ulises le dijo a *El dromedario*: “Octavio, ayer estuve pensando”, y Octavio le respondió con todo cinismo: “Espérese, Chino, deje que lo apunte en la agenda, no sea que se nos olvide celebrar el aniversario el año que entra” (p. 148). La personalidad narcisista de Ulises le impedía perdonar esa ofensa y le asomaba la imperiosa necesidad de destruir. La agresividad tiene lugar cuando el *yo ideal* omnipotente en el plano imaginario, se fragmenta porque no coincide la *imago especular* que tiene de sí mismo, con la imagen que te devuelve el otro desde la realidad. Reiterativamente el silencio, la soledad y el aburrimiento tomaban las riendas de su vida, sobre todo el silencio que *se le hacía una suerte de enfermedad del espíritu* (p. 43). Ulises no lograba relacionarse con nadie, fue entrando en una depresión a fuerza de rechazos y desprecios, su presencia era insignificante en cualquier lugar; lo primero que intentó contra Modotti, fue desprestigiar a ese “colombiano prepotente” que lo que quería era que lo adulasen, y que encima el muy fanfarrón se decía inmortal (de allí el apodo de *El dromedario*); Ulises temía que en esa “... *sociedad silente*,

insustancial y aburrida, aquello resultara cierto” (p. 196). Era la hora de actuar, la tristeza y la depresión profunda, le revelaron a Ulises quién era verdaderamente Ulises: un ser con una herida emocional básica, con una enorme sed de venganza, “*La circunstancia de ser uno más entre miles se le hacía insoportable*” (p. 114) era su naturaleza, una **CUESTIÓN DE SER**.

Mariana Suárez hace una crítica a la sociedad capitalista norteamericana, en la voz de Ulises:

Detestaba la abulia y el merodear anodino de los pensilvanos. Estaba acostumbrado a la pasión latina que surcaba las calles de Buenos Aires, a ver al público llorar con igual entusiasmo frente a un gol de la selección que frente al fallecimiento del abuelo. Encontrarse en aquella ciudad que pese a su carácter multiétnico y multicultural, estaba llena de gente sin expresión facial deducible, se le hacía realmente insoportable.

(p. 145)

La sexta y última reflexión de Ulises será asesinar a Modotti lo que era para él una *Cuestión de trascendencia*; incapaz de resolver su conflicto psicológico, que lo lleva a conformar defensivamente un falso yo, con un ego inflado, sin poder saber realmente quién es, intentará encontrar su identidad a cualquier precio; así que Ulises decide SER el asesino del famoso profesor Octavio Modotti, buscando llamar la atención sobre sí. SER el asesino del inmortal dromedario, no era poca cosa; los investigadores policiales de los Estados Unidos, más temprano que tarde darían con su paradero, “... *el sabor de la gloria lo regresaba hacia la confortabilidad de la sonrisa*” (p. 243) se preocupó por dejar todas las pistas, pero el caso fue cerrado en cuarenta y ocho horas; se dijo que el profesor se había intoxicado a conciencia.

La autora Mariana Suárez cierra la novela con dos de los párrafos más expresivos en relación a la discriminación que los latinoamericanos sienten que existe en Estados Unidos hacia ellos. El primero de Dhuha Contreras la venezolana, quien triste y confundida reflexionaba:

¿Sabes? Quien no lo quiera ver, nunca tendrá la capacidad de hacerlo pero yo sí sé de dónde salió ese informe forense: para estos policías nacidos y crecidos en medio del positivismo más rancio, no es posible imaginar un sujeto delincuente peor que un colombiano, bisexual, que no pretendía darles lástima...

(p. 204)

El segundo párrafo tiene por marco la entrevista que Ulises le hace a Luis Silva Gamarra, el peruano:

Ulises, por primera vez en mucho rato subió la mirada y le preguntó directamente “Y si fue un asesinato, por qué crees que declararon el suicidio?” (...) “Porque lo mató el imperio, él era un hombre peligroso al igual que todos nosotros... estoy seguro de que hay un componente del Estado Americano que quería deshacerse de él desde hacía años y, finalmente, lo logró”.

(P. 241)

En estos dos párrafos se aprecia la baja autoestima de los personajes, quienes carentes de una identidad auténtica, proveniente de una historia de colonialismo, subestimación y desprecio, se enmascara con las más diversas formas de conductas típicas del trastorno psicológico narcisista, cuya esencia como se ha expresado, es la excesiva importancia que la persona se da a sí misma, como manera compensatoria frente a un mundo hostil, dominante y represivo.

Ulises O. Puig había pasado una vez más desapercibido, incluso ante los inequívocos norteamericanos, era *NADIE NADA* (p. 244) con el agravante que se sentía doblemente *NADIE*, pues había decidido asesinar a otro latinoamericano, es decir, frente al Estado Americano, había asesinado a otro *NADIE*, aunque Luis Silva fantasease que Octavio y todos ellos eran peligrosos para el imperio.

CONCLUSIONES

Mariana Suárez en su novela, brinda a lo largo de toda la narrativa, una expectante intriga, no tanto acerca de quién es el asesino, sino en torno al proceso mismo cotidiano de convertirse en un criminal por el que pasa un ser humano, donde la agresividad y el resentimiento de un ego herido, toman el papel protagónico como una ficción posible desde el análisis psicológico que la autora hace de los personajes.

Aunque en la novela la autora no pretende hacer un análisis psicológico del latinoamericano, ni mucho menos plantearse un sentido terapéutico, que nos ayude a ordenar nuestro *self*, transita por los caminos que conducen a través de las palabras de sus personajes a construir una verdad que se va revelando como una “patología cultural” que nos aleja de la lumbre (del hogar, del *SELF*) al no poder visualizar caminos reconciliadores con nuestro verdadero *SER*, con nuestra identidad tal como es.

Así como una identidad sana del individuo lo conduce a una integración de su SER para vivir en armonía, es decir, con una estima de sí mismo que al mismo tiempo reconoce la dignidad de los otros y sus valías; a nivel sociológico tenemos que si no tenemos una identidad cultural clara y apreciada, es sumamente difícil lograr la organización social que permita la creación de instituciones sociales, con pautas culturales valoradas y reconocidas como propias.

En América Latina no hemos logrado relacionarnos y conformar organizaciones e instituciones que funcionen y mantengan viva a la sociedad. Recordemos las palabras de Modotti en la ocasión de trivializar los ideales de Hugo y Lucho, de prepararse en Estados Unidos para volver a sus patrias para ayudar a sus países a salir del atraso: *“Eso es cierto y cuando vuelvan se van a acordar de mí, pues se van a dar cuenta de que nuestra tierra amada es un basurero de idénticas dimensiones, pero eso sí, completamente vacío”* (Suárez, 2010: 16-17).

Y claro, pero vacío de qué? ... nos preguntamos, y es aquí la respuesta sociológica que signa la fatalidad de los países latinoamericanos: vacíos de relaciones, esa imposibilidad narcisista de poder interactuar con otros para organizarnos, porque no tenemos claro los elementos culturales aglutinadores, que nos identifican y nos llenan de orgullo sano; esto nos conduce a estar en permanente estado de alerta para defendernos, ¿De quién? ¿De qué?

De nuevo Modotti nos da una reflexión acerca de esta situación de ausencia de identidad cultural, cuando le explica a Dhuha (a quien él llamaba “veneca”) que ambos eran unos *desterrados y desclasados*:

- Somos unos desclasados, pero tenemos que unirnos
- ¿Y tú no dices que la identidad es peligrosa?
- Dije que teníamos que unirnos, veneca, nunca dije que parecemos
- ¿Y para qué nos unimos?
- Para beber ron, China... que aquí está muy mal visto que alguien bebe los viernes en la noche, pero es mucho peor si bebe sin compañía
- ¿Y por qué te interesa tanto lo que digan de ti tus vecinos?

-¡Qué pregunta, vene!, Si me pierden el miedo, pierdo el poder... lo mejor es que me crean “guapo y apoyado”.

(p. 96)

Octavio Modotti y Ulises O. Puig resumen con sus personalidades las características del trastorno narcisista; que si bien pudiesen ser más obvias y resaltantes en la personalidad de Lucía Maturana, la chilena, sin embargo, en ellos se hace más dramáticamente reveladora la agresividad, la cual constituye la esencia más angustiante del narcisismo: “... *La agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista...*” (Lacan, 1987 :102).

Mariana Suárez se adentra en las profundidades de la psique de sus personajes y plantea la manera peculiar que tienen Ulises y Octavio de resolver su herida primaria; mientras a Ulises le es imprescindible la TRASCENDENCIA, para Octavio la salida es el EXISTENCIALISMO.

La relación con Octavio Modotti fue esencial para el grupo de estudiantes latinoamericanos, quienes a su lado tenían que enfrentarse a la eterna lucha del narcisista: el ego inflado, pero con el constante y casi siempre inconsciente sentimiento de inferioridad, que Octavio lo había hecho consciente, y lo canalizaba a través de la banalización de sus sentimientos y de los que lo rodeaban; para él nada era importante; y la burla hacia los demás y hacia sí mismo, le brindaba el aliciente perfecto para sentirse más allá del bien y del mal; lo que lo hacía inmensamente atrayente para todas las personas que seguían “deambulando hacia la lumbre”, y que Octavio conocía con certeza que ese deambular tenía lugar dentro de un laberinto.

BIBLIOGRAFÍA

Cabrujas, José Ignacio (1995) “La viveza Criolla. Destreza, mínimo esfuerzo o sentido del humor”. Conferencia dictada el 12 de enero de 1995 en el ciclo: La cultura del trabajo, organizado por la Fundación Sivensa en el Ateneo de Caracas.

<http://www.analitica.com/bitbliblioteca/cabrujas/viveza.asp> Recuperado 5-5-2013

Carrillo, Carmen Virginia (2011) "Deambulando hacia la lumbre de Mariana Libertad Suárez". <http://lapalabreradecv.blogspot.com/2011/09/deambulando-hacia-la-lumbre-de-mariana.html> Recuperado 9-4-2013

Freud, Sigmund (1987) *Introducción al narcisismo*. Buenos Aires: Amorrortu.

Gallegos, Rómulo (1959) *Obras selectas*. Madrid-Caracas: Ediciones EDIME.

Jiménez, Pedro (s/f) "Narcisismo versus yo herido" publicado en la revista digital "La conciencia no tiene límites" N° 8.

<http://www.concienciasinfronteras.com/PAGINAS/CONCIENCIA/narcisismo.html>

Recuperado 11-5-2013

Jung, Carl Gustav (2009) *El Hombre y sus símbolos*. Barcelona: Ed. Paidós

Lacan, Jacques (1987) "La agresividad en psicoanálisis" en *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan Jacques (1992) *Los escritos técnicos de Freud*, Seminario 1, Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Mijares, Augusto (1952) *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Madrid: Afrodisio Aguado, S.A.

Mijares, Augusto (1991) "Sembradores de cenizas" en *El último venezolano y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, C.A.

Nietzsche, Friedrich (2002) *La Gaya Ciencia*, Madrid: Editorial Edaf, S.A.

Suárez, Mariana Libertad (2010) *Deambulando hacia la lumbre*. Mérida: Ediciones El otro el mismo.

Taibo, Francisco (2000) "Más allá del misterio". Entrevista de Ana Salado en *ABC Cultural*. Madrid.

<http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/cultural/2000/07/01/026.html>. Rescatado el 27-5-2013

Torres, Ana T. (2012) *El oficio por dentro*. Caracas: Editorial Alfa.

LA AUTORA

Mariana Libertad Suárez nace en Caracas en 1974, es Doctora en Filología Hispánica de la Universidad Complutense de Madrid e investigadora adscrita al centro de estudios Post-doctorales, de la Universidad Central de Venezuela. Es profesora del Departamento de Literatura de la Universidad Simón Bolívar y dicta -en calidad de Profesora Ordinaria- la cátedra "Literatura y Comunicación", en la Universidad Católica Andrés Bello, de Caracas. Es además Coordinadora de la Editorial Equinoccio.

Libros y Ensayos:

Criaturas que no pueden ser: narradoras venezolanas en el postgomecismo Caracas: Monte Ávila, editores (2005).

Sin cadenas, ni misterios: representaciones y autorrepresentaciones de la intelectual venezolana (1936-1948) (CELARG: 2009)

Deambulando hacia la lumbre, Caracas: Ediciones El otro el mismo (2010)

Premio de autores inéditos en el género de ensayos, de la editorial Monte Ávila (Caracas, 2005).

Premio Temas en la categoría “Estudios sobre arte y literatura” (La Habana, 2006).

Finalista en la Bienal de ensayo Copé (2008)

IV Premio internacional de ensayo Mariano Picón Salas (2009)